

episcopado. Recuerdo haberle cedido algunos sermones cuando tenía yo demasiados.

—No era ya joven cuando le perdimos. ¿De qué enfermedad murió?

—No lo sé.

—Yo conocí al señor Duclou en Roma; jugaba conmigo al *whist*. ¿No ha ido usted nunca á Roma, señor Lantaigne?

—Nunca, monseñor.

—Hay que ir. El Papa tendrá mucho gusto en verle. Ama á Francia; pero tenga cuidado; el clima de Roma es rudo para los extranjeros. Durante el verano la malaria reina en el campo y hasta en algunos barrios de la ciudad. La estación preferible para la estancia en Roma es la primavera. Nacido en Roma, y de padres romanos, me gusta más París, ó Bruselas, que Roma. Bruselas es una ciudad muy agradable; allí tengo parientes. Dígame, ¿es una gran ciudad Tourcoing?

—Monseñor: es uno de los más antiguos obispos de la Galia septentrional. Aquella Sede ha sido ilustrada por una larga serie de santos obispos, desde el bienaventurado Loup hasta monseñor de la Thrumelliere, predecesor inmediato de monseñor Duclou.

—¿Qué población es la de Tourcoing?

—La fe allí es viva, monseñor. Y la doctrina tiene más del espíritu de la Bélgica católica que del espíritu francés.

—Ya sé, ya sé. El señor Duclou, el llorado

obispo de Tourcoing, me decía un día en Roma, que no reconocía á sus feligreses más que un defecto imperdonable, el de beber cerveza. Recuerdo sus palabras: «Si bebieran vinillo de Orleans, serían los mejores cristianos del mundo. Desgraciadamente, el lúpulo los amarga y entristece.»

—Monseñor, permítame que le diga: monseñor Duclou tenía el ánimo empobrecido y el carácter débil. No ha utilizado la energía de las fuertes poblaciones del Norte. No era mala persona; pero no aborrecía lo suficiente al mal. Es necesario que la universidad católica de Tourcoing resplandezca entre toda la cristiandad. Si Su Santidad me cree digno de subir á la silla de San Loup, espero, en diez años, apoderarme de todos los corazones por la santa violencia de las obras, robarle al enemigo todas las almas, restablecer en todo mi territorio la unidad de creencias. En sus profundidades secretas, la Francia es cristiana. Los católicos de nuestro país solo necesitan jefes enérgicos. Nos morimos de debilidad.

Monseñor Cima, levantándose, tendió al padre Lantaigne su anillo de oro, y dijo:

—Hay que ir á Roma, padre, hay que ir á Roma.

XVII

En el barrio gris de Batignoles había un salón humilde, adornado solamente con grabados pro-

cedentes de la calcografía del Louvre, y de figurines, vasos, copas, platos de Sèvres, adornos de mediano efecto, que atestiguaban los lazos de la dueña de la casa con los funcionarios de la República. La señora Cheiral, de la familia Loyer, era la hermana del ministro de Justicia y de Cultos. Viuda de un comisionista de la calle de Auteville, que nada la había dejado, se unió á su hermano por necesidad de vivir y por ambición maternal, y ella dominaba al solterón que gobernaba al país. Le había obligado á nombrar secretario del ministerio á su hijo Mauricio, á quien no era fácil encontrar un destino, y que sólo servía para desempeñar empleos del Estado.

El tío Loyer tenía un cuarto en la casa de la avenida de Clichy, é iba á habitarlo cada vez que se hallaba invadido por aturdimientos y somnolencias, como le sucedía todas las primaveras, pues ya era viejo. Pero cuando se sentía seguros los pies y la cabeza, se volvía al piso alto que habitaba desde hacía medio siglo, desde donde veía los árboles del Luxemburgo, y donde los policías del Imperio le detuvieron dos veces.

Conservaba la pipa de Julio Grévy.

Era éste quizá el más rico tesoro de aquel hombre, que había atravesado en el Parlamento la época de la elocuencia y la época de los chauchillos, que había manejado en el ministerio del Interior los fondos secretos de tres situaciones políticas; que había comprado para el partido muchas conciencias, corruptor incorruptible, infinitamen-

te indulgente para las prevaricaciones de los amigos, pero celoso de conservar en el Poder la ventaja de su pobreza casi astuta, un poco cínica, terca, inveterada, honrosa.

Con los ojos apagados y el espíritu perezoso, recobraba por intervalos su antigua destreza y su espíritu resuelto, aplicando sus últimas fuerzas al billar y á la concentración. Con una inteligencia limitada y una habilidad mediana, la señora de Cheiral manejaba á su voluntad al viejo astuto, tranquilo, moroso y picaresco, que, ministro por sexta vez en el Gobierno que sucedió al Gobierno clerical, veía con resignación á su sobrino Mauricio desempeñar sin rectitud ni sentido moral las indeterminadas funciones de secretario del Ministerio. A Loyer sin duda le sorprendía bastante descubrir en su sobrino inclinaciones reaccionarias y clericales. Pero estaba demasiado amenazado por una apoplejía para que se permitiese contrariar á su hermana.

La señora Cheiral se quedaba en casa aquel día. Recibió muy afectuosamente á la señora de Worms-Clavelin, que fué á verla un poco tarde, cuando no esperaba ya ninguna visita.

Se despidieron. La mujer del prefecto regresaba al día siguiente á su prefectura.

—¡Ya, monísima!

—Es necesario—respondió la señora de Worms-Clavelin con suavidad y con expresión muy ingenua, bajo las plumas negras de su sombrero. Era su adorno de visitas, lo que ella llamaba po-

nerse como un caballo de los coches de muertos.

—¿Comerá usted con nosotros, monina? ¡Se la ve á usted con tan poca frecuencia en París!... Estaremos en intimidad. No creo que venga mi hermano. ¡Está tan ocupado, tan absorto en este momento! Pero probablemente vendrá Mauricio. Los jóvenes son más comedidos ahora. No es como antes. Mauricio se pasa la mayor parte de las noches en casa, conmigo.

Empleó para persuadir á la señora de Worms-Clavelin la unción penetrante de un alma sociable:

—¡Sin etiqueta ninguna! Va usted muy bien así. Comeremos en familia.

La señora de Worms-Clavelin había conseguido del ministro del Interior la cruz de oficial para su marido: y del ministro de Justicia y de Cultos, Loyer, la promesa de presentar al padre Guitrel al Papa como candidato al obispado de Tourcoing en una lista comprendiendo los eclesiásticos designados para los seis obispados y arzobispados vacantes. Nada la retenía en París. Su intención era marcharse aquella misma noche á la Prefectura.

Se excusó con «un sin número de diligencias», pero la señora Cheiral estuvo insistente. Como la resistencia de la señora del Prefecto se prolongó, la señora Cheiral, con voz agria y con los labios apretados, demostró su contrariedad. La señora de Worms-Clavelin no quería molestarla. Por eso aceptó.

—¡Gracias á Dios! Se lo repito, comeremos en familia, en la mayor intimidad.

Así fué. Loyer no compareció. Mauricio, á quien esperaban, tampoco. Pero hubo una señora—una estanquera—y un viejo con cargo importante en la enseñanza primaria. La conversación fué seria. La señora Cheiral, que realmente no se interesaba más que por sus propios asuntos y sólo era benévola con sus amigas íntimas, designó los hombres que la parecían dignos del Senado, la Cámara y la Academia, no porque se ocupase de política, de ciencias ni de letras, sino porque se creía en la obligación, como hermana de un ministro, de tener ideas propias sobre todo lo que constituye el engrandecimiento intelectual y moral del país. La señora de Worms-Clavelin escuchaba con una dulzura encantadora. Conservó constantemente aquella expresión de inocencia que sabía mostrar cuando estaba con gente que no era de su gusto. En tales ocasiones, bajaba los ojos de una manera especial para encender á los viejos y que en aquella ocasión encalabrinó al canoso administrador de la gramática y de la gimnasia nacionales, el cual buscaba el pie de la mogigota por debajo de la mesa. Entre tanto, ella pensaba en tomar el tranvía que la llevaba desde la avenida Clichy al Arco del Triunfo, donde en aquella irradiación de avenidas semejante á una inmensa cruz de honor, estaba su *family house*.

Pero al entrar en el salón del brazo del viejo caballero que había hecho señalados servicios á

la instrucción primaria, encontró al joven Mauricio Cheiral, quien retenido hasta tarde en el Ministerio, después de la sesión, había comido en un café, é iba á su casa á vestirse para pasar el resto de la noche en el teatro. Miró con interés á la señora de Worms-Clavelin, sentándose á su lado en el viejo diván maternal debajo de un gran plato de Sèvres decorado en estilo neo-chino y colgado en la pared en un marco de peluche azul.

—Señora Clavelin... Precisamente tenía que hablarla.

La señora de Worms-Clavelin había sido morena y delgada—y de tal modo nunca desagradó á los hombres. Con el tiempo volvióse gruesa y rubia. En aquel nuevo aspecto, tampoco les era desagradable.

—¿Ayer vió usted á mi tío?

—Sí. Mostróse amabilísimo conmigo. ¿Cómo está hoy?

—Cansado, muy cansado... Ya entregó el expediente.

—¿Qué expediente?

—El expediente con las candidaturas de los seis obispados vacantes. ¿Tiene usted mucho interés en que el padre Guitrel sea nombrado, eh?

—Mi marido es quien lo desea. Su tío de usted me ha dicho que no echaría el asunto en saco roto.

—Mi tío... Si se fia usted de lo que dice mi tío... Es ministro, y no puede enterarse de nada.

Le engañan. Y luego, sólo dice lo que quiere decir. ¿Por qué no se dirigió usted á mí?

Encantadoramente pudorosa, la señora de Worms Clavelin respondió en voz baja:

—Pues bien: á usted me dirijo.

—Hace usted bien—arguyó el secretario—. Me satisface, puesto que su asunto no está en buen camino, y depende de mí que se arregle ó no se arregle.

—¿Mi tío la dijo que iba á hacer las seis presentaciones al Papa?

—Sí.

—Pues bien; ya están hechas. Lo sé perfectamente. Yo mismo las he enviado. Me intereso particularmente por los asuntos eclesiásticos. Mi tío es del antiguo sistema; no comprende la importancia de la religión. Yo estoy penetrado de ella. He aquí la situación: Los seis candidatos han sido presentados al Papa. El Santo Padre sólo ha aceptado cuatro. En cuanto á los otros dos, el padre Guitrel y el padre Morrué, sin rechazarlos en absoluto, se declara mal informado.

Mauricio Cheiral meneó la cabeza:

—Está mal informado. Y, aunque lo estuviera mejor, no sé lo que diría. En confianza, adorable señora, Guitrel me parece un tunante. Y todo cuidado es poco para la elección de obispos. El episcopado es una fuerza sobre la cual un gobierno cauto debe poderse apoyar. Ahora empiezan á comprenderlo.

—Discurre usted acertadamente—dijo la señora de Worms-Clavelin.

—Por otra parte—prosiguió el secretario del ministro—, el candidato de usted parece inteligente, instruído, de carácter abierto.

—¿Entonces?...—dijo la señora de Worms Clavelin con una sonrisa deliciosa.

—¡Es un asunto dificultoso!—objetó Cheiral.

Cheiral no era muy inteligente. No abarcaba nunca más que un corto número de ideas, decidiéndose por razones que su futilidad hacía difíciles de desentrañar. Por eso algunos le imaginaban capaz, en sus años juveniles, de ideas personales. Acababa de leer un libro de Imbert de San Amand acerca de las Tullerías durante el segundo imperio; le admiró en aquella lectura el resplandor de una corte brillante, y había concebido la idea de un género de vida donde, como el duque de Morny, asociando los placeres á la política, disfrutaría del poder de varios modos. Miró á la señora de Worms-Clavelin de cierta manera, cuya intención ella comprendió muy bien, permaneciendo silenciosa con los ojos bajos.

—Mi tío—prosiguió Cheiral—me deja plena libertad en este asunto, que á él no le interesa. Puedo proceder de dos modos: bien proponiendo desde ahora los cuatro candidatos agradables á Roma..., ó bien declarando al nuncio que ningún movimiento episcopal se someterá á la firma del presidente de la República mientras que la Santa Sede no haya aceptado los seis candidatos. No

estoy aún decidido. Pero me encantaría entenderme con usted respecto á este asunto. La esperaré pasado mañana, á las cinco, en un coche cerrado, delante de la verja del parque Monceau, en la esquina de la calle Vigny.

«El peligro no es grande»—pensó la señora de Worms-Clavelin, que sólo respondió por una oscilación de sus largas pestañas.

XVIII

A la señora de Bonmont no la costó gran trabajo reunir en su casa á Raul Marcein y al padre Guitrel. El encuentro fué tal y conforme podía esperarse. El padre Guitrel era persuasivo. Raul hombre de mundo, sabía lo que se le debe á la Iglesia.

—Señor cura—dijo—, soy de una familia de sacerdotes y de soldados. Yo mismo he servido... No terminó. El padre Guitrel le alargó la mano y replicó sonriendo:

—Creo que hacemos aquí una alianza del sable con el hisopo.

Y recuperando en seguida su gravedad sacerdotal, añadió:

—Alianza feliz entre todas, y muy atinada. También nosotros somos soldados. Yo, por mi parte, estimo á los militares.

La señora Bonmont miró con simpatía al cura, el cual prosiguió: